

dez asombrosa con que habia cundido la insurreccion, y pedirle de paso la reunion de todo su cuerpo de ejército, á fin de poder dominar la Andalucía, cuya conquista, decia aquel en su parte, se reduciria únicamente á un *paseo*.

Desembocando por los desfiladeros de Sierra Morena sobre Bailen, y hallándose en el valle del Guadalquivir, inclinóse sobre la derecha, y resolvió dirigirse á Córdoba, siguiendo el curso del rio, con el objeto de dar un buen golpe á la vanguardia de la insurreccion. El 4 de junio llegó á Andújar, y á pesar de haber adquirido alli nuevos pormenores referentes á la sublevacion de Andalucía, persistió con mas fuerza aun en su resolucion de marchar contra los insurgentes, si bien volvió á reclamar á la córte que se procurase la pronta reunion de las tres divisiones que componian su cuerpo de ejército.

En Andújar supo, en efecto, el general Dupont de una manera mas detallada y precisa las dificultades que debia ofrecer el camino de Córdoba. Agustin Echavarri, destinado en otro tiempo segun hemos dicho, á purgar á Sierra Morena de los ladrones y contrabandistas que la infestaban, habiase puesto á la cabeza de ellos, de los paisanos de la comarca, del pueblo de Córdoba, y de los habitantes de los pueblos inmediatos. Tenia ademas á sus órdenes los tres batallones de milicias provinciales, y alguna caballería, que, unidos á la fuerza indicada componian un total de cerca de veinte mil hombres, de los cuales carecian quince mil al menos de toda disciplina. Hé aqui, pues, lo que se llamaba el ejército de Córdoba, el cual estaba acampado á la sazón sobre el Gua-

dalquivir, y era dueño del puente de Alcolea. Despreciando alta y poderosamente á semejantes adversarios, el general Dupont se fué en derecha á ellos, y decidió tomarles aquel puente, cuya importancia militar no era de seguro tanta como la del puente de Halle, del cual desalojó con ocho mil franceses á veinte mil prusianos. A consecuencia de esta decision continuó bajando por la orilla del Guadalquivir á fin de irse aproximando á Alcolea y á Córdoba. El 5 llegó á Aldea del Rio, el 6 al Carpio, y el 7, al despuntar la aurora se presentó á la vista del puente de Alcolea.

La posicion adoptada por los insurgentes para cubrir á Córdoba, habia sido escogida con bastante acierto. El camino real de Andalucía, que hasta aquella ciudad sigue constantemente el valle del Guadalquivir, recorre con el rio, ya por una orilla, ya por otra, las tierras mas risueñas y fértiles, cubiertas por todas partes de olivos, naranjos, pinos y palmeras. A la derecha del valle, y á distancia no muy remota, distinguense las sombrías crestas de Sierra Morena; á la izquierda y á una distancia muy lejana distinguense asi mismo las azuladas y vaporosas cimas de las montañas de Granada. La carretera, que al entrar en el valle va por la derecha del Guadalquivir, pasa á la izquierda en Andujar. En el puente de Alcolea vuelve á tomar la derecha, y no la abandona ya hasta Córdoba, ciudad situada á las orillas del rio, en cuyas cristalinas aguas se reproducen sus moriscas torres. Aun cuando por esta parte es vadeable casi siempre el Guadalquivir, y especialmente en verano, no por eso deja de ofrecer dificultades de algun valor, merced á lo escarpado de sus

márgenes: la posición, por tanto, del puente de Alcolea, que ofrecía un paso cómodo á la artillería, era de bastante importancia. Este puente es largo y angosto, y termina en la misma población. Los españoles habían obstruido la entrada por medio de una fortificación que consistía en un reduto y en un profundo foso. Para defender estas fortificaciones, habíanlas artillado y guarnecido de tropas, teniendo la precaución de colocar á derecha é izquierda del camino real una nube de guerrilleros emboscados entre los olivos. Habían además obstruido el puente, metido dentro de Alcolea gran número de certeros tiradores, colocado sobre una altura que dominaba las orillas del río doce piezas de artillería, y formado en orden de batalla el resto de sus fuerzas sobre una vasta esplanada. Para inquietar á los sitiadores y entretenerlos; mandaron al otro lado del Guadalquivir, por debajo de Alcolea una columna de tres ó cuatro mil hombres, la cual, siguiendo la orilla izquierda, que ocupaban los franceses, debía procurar batirlos por el flanco, mientras que aquellos atacaban de frente el puente de la villa.

Era preciso, pues, barrer la nube de guerrilleros colocada entre los olivos, aproximarse á la fortificación, destruirla, franquear el puente, hacerse dueños de Alcolea, obligar á que repasase el Guadalquivir la columna que tenían al flanco, y caer en seguida sobre Córdoba, que dista de allí dos leguas únicamente. El día daba tiempo para todo, puesto que nuestras tropas habían llegado á avistar al enemigo á las cinco de la mañana, y era uno de los mas largos del mes de junio. El general Dupont puso á la cabeza del ejército la bri-

gada Pannetier, compuesta de dos batallones de la guardia de París, y de otros dos de las legiones de reserva. Destacó á derecha é izquierda algunas guerrillas, colocó en segunda línea la brigada Chabert, y en tercera á los suizos, y dispuso en fin, sobre el flanco izquierdo toda su caballería para contener el movimiento de la columna que subía por el Guadalquivir. Al mismo tiempo tuvo la precaución de enviar al capitán Baste con unos cien marineros de la guardia imperial á que se escurriese por debajo del puente para examinar si estaba minado, y ordenó que el ataque fuese vivo é impetuoso para no perder tiempo en tentativas.

Dada que fué la señal de batalla, y habiéndose empeñado en fuego la artillería y las guerrillas francesas, los batallones de la guardia de París al mando del general Pannetier y del coronel Esteves, avanzaron hácia el reduto. Los granaderos se arrojaron bizarramente al foso, á pesar del fuego vivísimo de fusilería que el enemigo hacía sobre ellos, y encaramándose en hombros unos de otros penetraron en la fortificación por las troneras de los cañones, mientras que el capitán Baste, que había terminado el reconocimiento, se introducia por uno de los costados. Tomado, pues, el reduto de esta manera, los granaderos se precipitaron sobre el puente, atravesaronle á la bayoneta, perdiendo algunos hombres, entre ellos el capitán, oficial bizarro que tan valientemente los había conducido al asalto, y llegaron en seguida al pueblo de Alcolea. Marchaba en pos de ellos la tercera legión, y juntos emprendieron denodadamente el ataque de la villa, en la cual, si bien es cierto que perdimos mas soldados que en el ata-

que del puente, en cambio mataron nuestras tropas mucho mayor número de paisanos, de los cuales fueron pasados gran parte á cuchillo en las casas mismas del pueblo. Alcolea tardó muy poco en hallarse en nuestro poder. Durante este combate tan rápido y tan enérgico, el general Fresia había logrado contener en la otra orilla del Guadalquivir á la columna española encargada de entretener nuestro ejército. Una vigorosa carga de nuestros dragones la obligó á replegarse prontamente, y á repasar en desórden á la orilla opuesta.

Nuestra pérdida en esta brillante accion fué de unos ciento cuarenta hombres, pudiendo calcularse la del enemigo en triple número de muertos dentro del recinto de Alcolea.

Después de tomado el puente, necesitábanse algunos instantes para cegar el foso del reducto á fin de facilitar el paso de la artillería y caballería del ejército: por lo que poniendo al punto manos á la obra, consiguióse el indicado objeto, y se confió la custodia del puente á los marinos de la guardia. El grueso de los españoles se replegó sobre el camino de Córdoba, situándose en la cima de una esplanada que termina por un lado en el Guadalquivir, y linda por el otro con Sierra Morena. El ejército francés se formó al pie de esta esplanada en columna cerrada por batallón, y con la artillería y caballería colocada de trecho en trecho de la columna. Después de dejarle tomar algun descanso, el general Dupont dió orden de seguir adelante, y á la sola vista de nuestras tropas marchando hácia el enemigo en orden de parada, los españoles huieron desordenadamente, dejándonos espedita la

carretera de Córdoba. El general Dupont les hizo en la fuga algunos prisioneros, y se apoderó de parte de su artillería.

El ejército francés prosiguió sin interrupcion su marcha, á pesar del calor intenso del medio dia, y á las dos de la tarde se ofreció á su vista la ciudad de Córdoba con sus infinitas torres, y su preciosa mezquita, hoy catedral, que domina la poblacion. Para no dar á los insurgentes tiempo de recobrar y de ocupar á Córdoba de una manera que hiciese mas difícil la toma de esta ciudad por un ejército que no llevaba consigo tren de batir, el general Dupont quiso apoderarse de ella sin demora, y á fin de libertarla de las consecuencias de un asalto, intimó al corregidor que la rindiese. Hallándose oculto este magistrado, tanto por miedo á los franceses como á los españoles, ninguna respuesta obtuvo la intimacion mencionada, y los insurgentes por su parte, rehusando escuchar las exortaciones de un sacerdote que se les envió con igual objeto, recibieron á tiros á los oficiales franceses que se acercaron á las puertas de la ciudad en calidad de parlamentarios. No habia, pues, otro remedio que usar de la fuerza para entrar en Córdoba. Aproximóse por tanto la artillería, y derribando las puertas, penetraron nuestras tropas en la ciudad formadas en columna. El ejército francés tuvo que forzar en las calles una porcion de trincheras, y tomar una por una las casas donde se habian hecho fuertes los contrabandistas y los bandidos de Sierra Morena. El combate fué encarnizado y sangriento. Nuestros soldados enfurecidos con esta resistencia, penetraron en las casas, dieron muerte á los bandidos que encontraron en ellas, y

arrojaron gran número de ellos por los balcones y ventanas. Mientras que unos se hallaban empeñados en esta lucha, habían perseguido otros el grueso de los insurgentes, que saliendo por el puente de Córdoba, huían precipitadamente por el camino de Sevilla. El combate, empero, tardó muy poco en convertirse en la perpetración de los más horribles escesos, y aquella infortunada ciudad, una de las más antiguas y de las más interesantes de España, fué entregada al pillage. Los soldados franceses después de conquistar á precio de su sangre cierto número de casas, y de dar muerte á los insurgentes que las defendían, no tuvieron el menor escrúpulo en establecerse en ellas, y en usar de todos los derechos de la guerra. Encontrando á los insurgentes que degollaban cargados de efectos adquiridos por medio del pillage, quisieron á su vez saquear también, cebándose más principalmente en artículos de consumo, que en objetos de valor para llenar sus mochilas. Al efecto, bajaron á las bodegas abundantemente provistas de los mejores vinos de España, destaparon las cubas á culatazos, é hicieron tal destrozo, que algunos de ellos se ahogaron en el vino vertido de los toneles. Otros se embriagaron en tales términos, que mancillaron el brillo del ejército francés, arrojándose sobre las mugeres y haciéndolas sufrir todo género de ultrages. La oficialidad, fiel á su dignidad propia, hizo esfuerzos inauditos para poner fin á aquellas escenas horribles, y hasta se vió en la precisión de tirar de la espada contra sus mismos soldados. Las tropas que habían ido en persecución de los fugitivos al otro lado del puente de Córdoba, regresaron á la ciudad ávidas del pillage, y como desde el día anterior no

se les había distribuido ración alguna, comieron y bebieron tan desordenadamente como las otras, aumentando también los escesos y la desolación. Los paisanos por su parte, acompañaron en el saqueo á los soldados franceses; de modo, que la desgraciada ciudad de Córdoba fué presa en aquel terrible día, de los bandidos españoles y de nuestros soldados desenfrenados y hambrientos. Lo que allí ocurrió fué verdaderamente un espectáculo doloroso, el cual produjo las más tristes consecuencias por el eco que hizo después en España y en toda Europa. El general Dupont mandó tocar generala para acarrear los soldados á las filas; pero sea que estos no se hallasen en estado de oírlo, sea que no quisiesen obedecer, lo cierto es que aquella determinación fué infructuosa; y que de todo el ejército del general Dupont, solamente la artillería y la caballería que se habían quedado fuera de la ciudad permanecían en orden. Si una columna de tropas enemigas hubiera retrocedido en aquel instante á la ciudad, hubiera cogido á toda nuestra infantería dispersa, sumida en la embriaguez y entregada al sueño ó á los escesos más desenfrenados. Aquella vergonzosa embriaguez fué la que puso término al desorden, puesto que nuestros soldados, faltos de fuerzas para sostenerse, se habían arrojado por tierra entre los muertos, los heridos, y cabe á los mismos españoles á quienes habían hecho prisioneros ó degollado.

A la mañana siguiente, aquellos mismos hombres, dóciles y humanos como de costumbre, acudieron á las filas á los primeros golpes del tambor. Restablecióse el orden inmediatamente, y los habitantes infortunados de Córdoba se vieron libres de

la desolacion que sufrieron por espacio de algunas horas. A escepcion de la casa arzobispal, que habia sido asaltada por hallarse en ella el estado mayor de los revoltosos, todos los lugares sagrados, incluso los conventos, á pesar de estar reputados como los principales focos de la insurreccion, se libraron de la devastacion y del saqueo (1). Acuarteláronse en seguida los soldados en los edificios públicos, distribuyéronseles raciones regulares á fin de que no tuviesen pretexto alguno para la indisciplina, y cada cosa en fin, volvió á su antiguo estado. Las mochilas de la tropa fueron registradas minuciosamente, y el dinero que se encontró en ellas se depositó en las cajas respectivas de los regimientos. Habíanse cogido ademá algunos depósitos de metálico procedentes unos de los donativos voluntarios hechos por los particulares y por el clero á la insurreccion, y pertenecientes otros al tesoro público. El total del dinero recogido en estos depósitos, ingresó en la caja general del ejército, para pagar los sueldos atrasados (2). Volviendo á tranquilizarse poco á poco los habitantes de Córdoba, fueron regresando á la ciudad, y hasta formaron empeño por conservar en ella al ejército

(1) Tampoco en esto es exacto Mr. Thiers, puesto que algun tiempo despues de los criminales excesos de Córdoba, halláronse multitud de vasos sagrados en las mochilas de los prisioneros de la division del general Dupont, conducidos á Cádiz á consecuencia de la batalla de Baylen.

(Nota del Trad.)

(2) Si en la distribucion que se hizo de estos fondos, hubo algo de malo, consistió únicamente en una gratificacion concedida á los generales y oficiales superiores,

francés, con el fin de no verse espuestos á nuevos y sangrientos combates en las calles y en las plazas. Para dar una prueba de lo que habia que esperar de los suizos, parécenos suficiente el consignar aqui que unos doscientos ó trescientos que militaban á las órdenes de Echavarri, se pasaron á nuestras filas despues de la posesion de Córdoba; al paso que un número igual sobre poco mas ó menos de soldados, pertenecientes á los regimientos de Preux y Reding, que se hallaban con nosotros, abandonaron al ejército francés para pasarse al enemigo. Era evidente, pues, que aquellos soldados estrangeros, fluctuando entre el gusto de servir á la Francia, y su antiguo apego á la nacion española, andarian saltando de uno en otro partido para fijarse definitivamente en aquel por el cual se declarase la victoria.

El escarmiento terrible que sufrió la ciudad de Córdoba, amedrentó y exasperó á la vez el ánimo de los españoles. Sobreponiéndose no obstante, en ellos el ódio al terror, formaron de alli á poco el proyecto de reunir toda la Andalucía en masa para abrumar al general Dupont y vengar en su gente el saqueo de Córdoba, que como es de presumir, recargaban con los mas negros colores. Hasta en las mas miserables aldeas no se oia hablar de otra cosa que de la degollacion de las mugeres, niños y ancianos; de la violacion de las doncellas y de

de la cual tenian una necesidad indispensable. Esta gratificacion fué de tres y de cuatro mil francos por individuo, segun su clase, y de ella se hizo mencion en las cuentas del ejército. Asi resulta de un exámen escrupuloso y detallado de las mismas.

la profanacion de los santos lugares: aserciones, á decir verdad, horriblemente engañosas, mediante á que si bien es innegable que por un momento fué grande y terrible la confusion, el saqueo no fué tan considerable como se decia, y ninguna la matanza, esceptuando en los insurgentes cogidos con las armas en la mano. Esto no obstante, resonó en toda la Andalucía un grito general contra los franceses, asaz detestados ya antes de aquella época, para que hubiese necesidad de aumentar con mentidas narraciones el odio que inspiraban. Hizose, pues, juramento de degollar hasta el último, y en lo posible fué religiosamente cumplida esta palabra.

Inmediatamente que nuestras tropas atravesaron las montañas de Sierra Morena en las cuales no fué posible dejar destacamento alguno á causa de su reducido número, un tropel de insurgentes de los que fueron arrojados de Córdoba, se apresuraron á ocupar los desfiladeros, invadiendo las poblaciones inmediatas á la carretera, y degollando sin piedad á cuantos franceses viandantes, enfermos ó heridos encontraban. El general René fué asesinado de esta manera, y su muerte fué acompañada de las circunstancias mas atroces. Aprovechando los revoltosos de Jaen nuestra partida de Andújar, invadieron la ciudad, y degollaron todo un hospital de enfermos. La esposa del general Chabert hubiera sido tambien irremisiblemente asesinada á no haberse interpuesto un sacerdote. En el pueblo de Montoro, situado entre Cordoba y Andújar, se perpetró tambien una atrocidad digna de canibales. Habia quedado en él un destacamento de doscientos hombres para guardar una

panadería, destinada á la fabricacion de pan para el ejército francés, mientras que éste verificaba su entrada en Córdoba. La vispera del dia mismo en que tuvo lugar esta, es decir, antes de los presuntos excesos que habia cometido, los habitantes de las cercanias, procedentes unos de Sierra Morena, y de los lugares comarcanos otros, se lanzaron de improviso y en número muy considerable, sobre el destacamento francés, y degollaron todos los soldados con un refinamiento de crueldad inaudita. Acto continuo crucificaron á unos en los árboles, colgaron á otros y encendieron hogueras bajo sus pies, y enterraron medio vivos á algunos. Aquellas víctimas de la guerra experimentaron toda clase de sufrimientos aplicados por la mas brutal y la mas infame barbarie. Cinco ó seis soldados que lograron escapar milagrosamente de la matanza, trajeron esta infausta noticia al ejército francés, el cual bramó de corage al tener de ella conocimiento, y se mostró de alli en lo sucesivo muy poco dispuesto á la clemencia. La guerra iba tomando, pues, un carácter de ferocidad, sin cambiar por ello el corazon de nuestros soldados, los cuales, pasado el calor de la pelea, volvian á mostrarse tan humanos y compasivos como acostumbra serlo, y como lo han demostrado en toda Europa, recorriéndola como vencedores, pero jamás como bárbaros.

Establecido en Córdoba el general Dupont, procuró aprovechar los recursos que aquella gran ciudad le ofrecia para rehacer su ejército y reparar el material de guerra; habiendo quedado, empero, reducidas sus tropas á unos doce mil hombres, dos mil de ellos suizos, cuya fidelidad era poco

segura, no le era dado continuar su marcha por Andalucía hasta tanto que se le incorporasen las divisiones Vedel y Frere, una de las cuales habia quedado en Toledo, y la otra en el Escorial. El general Dupont habia reclamado el envio de ellas con instancia, y contando con este refuerzo, que habria hecho ascender el número de sus tropas á unos veinte y dos mil hombres, se prometia atravesar la Andalucía como en triunfo, extinguir el incendio de la insurreccion que ardia en Sevilla, atraer á la devocion del rey José al general Castañón y á las tropas disciplinadas, pacificar el Mediodía de la España, salvar la escuadra del almirante Rosily, y desbaratar de esta manera todos los proyectos que abrigaban los ingleses sobre Cádiz. En esta atencion aguardaba con la mayor impaciencia los pedidos refuerzos, sin concebir la menor duda acerca de su próxima llegada, esperando en las comunicaciones que al efecto habia enviado á Madrid. Faltaba saber, empero, si estas habian llegado á su destino, hallándose como se hallaba custodiada Sierra Morena por sus antiguos ladrones, los cuales degollaban todos los correos, sin dejar pasar ni uno solo.

Pero mientras que el general Dupont aguardaba en Córdoba, donde habia entrado el 7 de junio, los antedichos refuerzos, la sublevacion de Andalucía iba tomando de dia en dia mayor consistencia. Las tropas españolas de línea, reunidas en número de doce á quince mil hombres, caminaban á concentrarse en Sevilla. Los nuevos sublevados, aunque eran menos numerosos de lo que se habia presumido, iban organizándose, sin embargo, y comenzaban á disciplinarse. Parte de ellos ingresa-

ban en el ejército para engrosar sus filas, y parte eran destinados á formar batallones de voluntarios, á los cuales se distribuyeron armas, y se trató de darles alguna instruccion. El trascurso de tiempo, por lo tanto, redundaba tan en provecho de la insurreccion, que lo empleaba en hacer preparativos, como en desventaja del ejército francés, cuya situacion empeoraba de dia en dia, mediante á que ademas de no llegar el esperado refuerzo, el calor, que crecia sin cesar, aumentaba de un modo considerable el número de los enfermos, y afectaba notablemente la moralidad de los soldados. Al propio tiempo nuestra escuadra de Cádiz corria tambien grandes peligros.

La agitacion que despues del asésinato del marqués del Socorro reinaba en aquella ciudad sometida esclusivamente al dominio del mas infimo populacho, acrecia por momentos. El nuevo capitán general Tomás Morla, procuraba mantenerse en el puesto, adulando á la multitud, y permitiéndole perpetrar cada dia el número de excesos bastantes para satisfacerla. Acto continuo de haber asesinado aquella al general Solano, empezó á clamar por la destruccion de nuestra flota y por la matanza de los marineros franceses: cosa muy natural, atendidos los instintos del populacho de Cadiz, pero de difícil ejecucion contra una fragata y cinco navios franceses, tripulados por tres ó cuatro mil marinos á quienes perdonó la muerte en el combate de Trafalgar, y los cuales teniendo como tenian á su disposicion de cuatrocientas á quinientas piezas de artillería, hubieran incendiado las escuadras españolas y todos los arsenales de Cádiz, antes de dejarse abordar por uno solo de los insurgentes.

Añádase á esto que hallándose nuestros buques á la entrada del muelle de Cádiz, cerca de la ciudad, y mezclados con la division española que se hallaba en estado de reparacion, podian destruir á esta á muy poca costa, y acribillar con sus fuegos la ciudad. Verdad es que en tal caso hubieran los insurrectos apelado á la intervencion de los ingleses, y nuestros marineros no hubieran podido menos de sucumbir á los fuegos cruzados de los fuertes españoles y de los navios de la Inglaterra; pero tambien lo es que habrian muerto vengándose cruelmente de aliados ciegos y de enemigos bárbaros.

Apreciando debidamente Tomás de Morla, y mucho mejor que el pueblo de Cádiz esta posicion, se guardó muy bien de esponerse á semejantes estrechos, y con su acostumbrada astucia procuró entrar en negociaciones. Al efecto propuso al almirante Rosily que se separase un poco hacia el interior de la rada, y que dejase á la division española colocarse á la entrada del muelle, de modo que separadas una de otra ambas escuadras, y evitando todo roce entre ellas, quedase á cargo de los españoles solos el cerrar la entrada de Cádiz á los ingleses: alegóse como pretexto para hacer estas proposiciones, el que aun quando se habia estipulado una tregua con la Inglaterra, no por eso estaba menos interesada la España en impedirle la posesion de sus grandes establecimientos marítimos. Persistiase en efecto en rehusar el socorro de cinco mil ingleses, cuyo desembarco habia ofrecido aquella nacion, y el almirante Rosily, que esperaba por momentos la llegada del general Dupont, de cuya marcha tenia noticia, aceptó las condiciones que se le presentaron en la confianza ó en la se-

guridad, por mejor decir, de hacerse dueño dentro de breves dias del puerto de Cádiz. En su consecuencia, y cesando en el empeño de que permaneciesen mezclados sus buques con los buques españoles, fué á situarse en lo interior de la rada, permitiendo á la division española que continuase á la entrada de ella.

He aqui, pues, lo que habia ocurrido en Cádiz durante los primeros dias de junio, que el general Dupont empleó en apoderarse de Córdoba. No tardó mucho, empero, el almirante Rosily en convenirse de que los manejos del capitán general Tomás de Morla no eran mas que una añagaza para ganar tiempo y para proporcionarse recursos con que poder acribillar á la escuadra francesa en el interior de la rada, sin que resultase de ello grandes perjuicios á Cádiz ni á su arsenal.

Para que nuestros lectores puedan formarse una idea exacta de esta situacion, es preciso que tengan en cuenta que la rada de Cádiz, semejante en esto á la de Venecia y á todas las de Holanda, se compone de vastas lagunas formadas por los aluviones del Guadalquivir. En medio de estas lagunas se han abierto grandes estanques de agua para las embarcaciones, se han hecho canales, construido grandes almacenes, y aprovechado un grupo de rocas algo distantes de la mar, y unidas á tierra por medio de una especie de muelle para formar una inmensa rada y para cerrarla. Sobre estas rocas es donde se halla situada la ciudad de Cádiz, y dominando desde ellas la bahía que lleva su nombre, y pudiendo al mismo tiempo cruzar sus fuegos con los de Matagorda, que se halla situada á su frente, hace de todo punto imposible la entrada á las flo-



tas enemigas. La rada se abre por la parte del Oeste, y forma por el lado del Este una hondonada, la cual se comunica por medio de canales con los grandes establecimientos conocidos bajo el nombre de la Carraca. La distancia de esta entrada, cuya llave es Cádiz, á la Carraca, es de unas tres leguas. A las inmediaciones de ella hay una porcion de fuertes bien artillados con el objeto de hacer retroceder al enemigo. Pero en lo interior y en medio de las lagunas, de las cuales se sirven para llenar los estanques, la imposibilidad absoluta de penetrar en ellas hace de todo punto inútil la profusion de fuertes y de baterías.

Al ver traer á fuerza de brazos morteros y obuses á todas las baterías que podian hacer fuego sobre la rada, y al reparar en el equipo de las lanchas cañoneras y de bombardas, el almirante Rosily no abrigó ya la mas mínima duda acerca del objeto de aquellos preparativos, y concibió por ende el proyecto de aprovechar las altas mareas del plenilunio para lanzarse con sus buques armados en toda regla á los canales que conducen á la Carraca, punto que le proporcionaba la ventaja de ponerse al abrigo de los fuegos mas terribles, al paso que tambien la de poder defenderse largo tiempo, y la de hacer un gran destrozo antes de sucumbir. Mas para emprender tal operacion éranle indispensables vientos de Oeste, y en aquellos dias soplaron de la parte contraria. Fuele preciso, pues, suspender la ejecucion de su proyecto, el cual tardó muy poco á ser imposible merced á la prevision de los oficiales españoles, que comprendiendo la intencion del almirante Rosily, se colaron por los canales conduciendo á la Carraca bu-

ques viejos, y anclaron una línea de chalupas cañoneras y bombardas provistas de artillería de grueso calibre, haciendo otro tanto por la parte de Cádiz, donde establecieron igualmente otra línea de chalupas y bombardas y se valieron tambien de los buques viejos. De este modo quedaba la escuadra francesa encerrada en el centro de la rada, fija en una posicion de la cual no podia salir, espuesta asi á los fuegos de tierra como á los de las chalupas, y privada de los medios de trasportarse al punto desde donde hubiera podido causar mas daño.

El 9 de junio estaban ya terminados todos estos preparativos, y el general Morla, sin tomarse la pena de mandar parlamentario alguno al almirante Rosily, mandó empezar el fuego contra su escuadra. Veinte y una chalupas cañoneras y dos bombardas por la parte de la Carraca, y veinte y cinco de las primeras y doce de las segundas por el lado de Cádiz, dirigieron sus disparos contra nuestros buques. *El principe de Asturias*, buque que estaba destinado á pertenecer á la marina de la Francia, se aproximó á la línea de las cañoneras de la parte de Cádiz para servirles de apoyo. Las baterías de tierra cubiertas con grandes terraplenes que las ponian al abrigo de nuestros proyectiles, nutrian los demas fuegos con el de sesenta piezas de grueso calibre y el de cuarenta y nueve morteros. Nuestros cinco navíos y la fragata que completaba la division, manifestaron ante aquel granizo de balas y de bombas un vigor y una sangre fria digna de los héroes de Trafalgar. Desgraciadamente no les permitió el estado de la marea aproximarse á las baterías de tierra, las cua-

les hubieran sin duda alguna logrado destruir, y así es que recibían los disparos sin poder devolverlos de una manera eficaz, merced al espesor de los espaldones. Vengábanse, en cambio, de las bombardas y de las chalupas cañoneras, de las cuales fueron á pique un considerable número. El fuego comenzado el día 9 á las tres de la tarde, duró hasta las diez de la noche del mismo día. El 10 volvió á empezar á las ocho de la mañana, y prosiguió sin interrupción hasta las tres de la tarde con las mismas circunstancias que la víspera. Al fin de este triste combate habían sido disparadas sobre nosotros dos mil doscientas bombas, de las cuales solamente ocho cayeron á bordo sin causar afortunadamente un daño de consideración. Nuestra pérdida consistía únicamente en unos trece muertos y diez y seis heridos de gravedad, al paso que quince cañoneras y seis bombardas habían sido destruidas, y puestos fuera de combate cincuenta españoles. Estas pérdidas, que hubieran sido insignificantes, si se hubiese tratado de obtener un gran resultado, eran grandes, estremadamente excesivas para un combate sin resultado alguno posible, y que solamente podía conducir á una mancha inútil. Tomás de Morla, que creía haber hecho bastante con esto para contentar al populacho de Cadiz, y que temía por otra parte el que la flota francesa tomase alguna resolución desesperada, envió un parlamentario al almirante Rosily intimándole que se rindiese, atendida la imposibilidad de defensa en que se hallaban los franceses en medio de una rada cerrada, y en la cual pudiera decirse que estaban como prisioneros. Insinuóle además, que en el caso de que accediese á aque-

lla intimación, estaban tomadas todas las disposiciones convenientes para poder ofrecerle un amistoso arreglo. El almirante Rosily contestó, que la rendición era inadmisibles, porque se sublevarían las tripulaciones de su escuadra y se negarían á obedecer: pero que en cambio ofrecía al general Morla la elección de cualquiera de las dos siguientes proposiciones: ó la de salir de la rada, préveía una promesa formal de los ingleses de que no le perseguirían en el trascurso de cuatro días, ó bien la de permanecer inmóvil en la rada, hasta tanto que los acontecimientos generales de la guerra decidiesen de su suerte y de la de Cadiz, á cuyo fin, y para que no pudiese concebirse temor alguno, se mostraba dispuesto á mandar á tierra todas sus municiones. El general Morla replicó, que, no pudiendo aceptar por sí y ante sí ninguna de las condiciones mencionadas, se veía obligado á someterlas á la deliberación de la junta de Sevilla, cuya absoluta autoridad obedecía todo el mundo en el Mediodía de la España. Aun cuando la proposición de este nuevo plazo no fuese mas que otra astucia del capitán general de Cadiz para procurar nuevos medios de destrucción, estabale muy bien el aceptarla al almirante Rosily, mediante á que cada momento se anunciaba como próxima la llegada del general Dupont, cuya entrada en Córdoba el 7 de junio se sabía ya. El almirante Rosily, por lo tanto, accedió gustoso á la proposición mencionada, esperando cada día, como se espera el anuncio de vida ó muerte, el estampido del cañon en el horizonte, señal de la aproximación del ejército francés.

Habiendo entrado en Córdoba el general Du-